

la laguna en tiempo de lluvias, mandó construir un dique de mucha solidez para contener las aguas de la laguna dulce, que por el canal de Mejicalcingo se descargaban en la ciudad. Sin embargo, como en tiempo de secas podía ser conveniente hacer que entrasen en la capital, se le dejaron dos compuertas, con el fin de alcanzar el doble objeto. Méjico se vió así libre de las inundaciones por aquel sitio; pero el bien que á la ciudad le resultó, fué en perjuicio de la poblacion de Jochimilco y de otros lugares situados en aquel rumbo, pues rechazadas las aguas por el dique, se derramaban sobre los campos, destruyendo las sementeras y derribando algunas casas.

A esta obra siguió otra notable y de suma importancia para la ciudad: la construccion de una sólida arquería que condujese de Chapultepec el agua que alimentaba las fuentes de la ciudad y que hasta entonces habia ido por la antigua atarjea baja. El Ayuntamiento acogió con gusto la idea del virey, porque á la utilidad del público, añadía el embellecimiento de la poblacion; y la construccion del soberbio acueducto que hoy llama la atencion de los viajeros por su solidez y la longitud que mide, la emprendió con empeñoso afán.

Al mismo tiempo que se atendía á esa positiva mejora, se empezó á dar mayor elevacion á las calles, que por hallarse en sitios bajos habian seguido por mucho tiempo inundadas. Cierto es que los propietarios sufrieron grave daño, porque tuvieron que terraplenar las piezas bajas; pero en cambio, ya no vieron vacías sus casas en la época de lluvias, como hasta entonces habia sucedido.

En todas las obras emprendidas, trabajaron los indios

con suma actividad, y el jornal que ganaban, se les descontó al recaudar el tributo.

Con las obras hechas por el marqués de Montesclaros quedó verdaderamente embellecida la ciudad. Los escritores de aquella época la describen con los colores mas brillantes. La paz, la seguridad, la abundancia, todos los goces de la vida, en fin, se hallaban reunidos en la emperatriz de la Nueva España. Bernardo Balbuena, en su *Grandeza Mejicana* enaltece la grandiosidad de sus colegios, de su universidad, la belleza de sus edificios, la solidez y capacidad de sus hospitales, y la llama «ilustre ciudad, llena de todas las grandezas y primores que el mundo tiene y ordena el deleite, y disfrutando de una paz y seguridad envidiables» (1).

(1) El moderno escritor D. Manuel Rivera, en su obra *Los Gobernantes de Méjico*, impresa en Méjico en 1872, no está acertado en las razones que expone para separarse de la opinion de las personas intruidas que vivieron en aquella época en la Nueva España y escribieron lo que vieron, conociendo las ciudades de Europa de su tiempo. Se detiene á examinar el sistema de empedrado observado entonces; hace la historia de lo que respecto al alumbrado pasaba, manifestando la escasez de luz que de noche habia en las calles en el primer siglo de la conquista; dice que «los vecinos acomodados acostumbraban salir á las calles por las noches con un farol»; que «se ponía en las puertas de cada tienda un hachon atizado con rejas de ocote»; y despues de añadir que «las autoridades de la capital no tomaron parte activa en el alumbrado hasta el siglo xviii», dice: «Esto prueba cuán lentamente iban avanzando las colonias y cuán distinto era el espíritu de aquella época al de nuestro siglo, que en su delirante actividad considera pesada la marcha del vapor, y ávido é insaciable dirige sus miradas á la electricidad; sin embargo, inscribe con gratitud los nombres de aquellos que, como el marqués de Montesclaros, percibieron una ráfaga de la luz que forma el eterno dia en que vivimos, en el cual las razas todas sin distincion, marchan á perfeccionarse sin estar sujetas á un orden necesario de cosas, si no es en la moral, la religion y la ley.»

Presentar como prueba que Méjico no se hallaba en las ciencias, las letras,

La satisfaccion de los vecinos de Méjico era imponderable al ver las mejoras operadas en la poblacion. Contentos del gobernante, se prepararon á manifestar su alegría en las fiestas que con motivo del nacimiento del príncipe de Asturias, disponia celebrar. Habia recibido el virey la órden de que se hiciese en la Nueva España la jura del niño príncipe, que fué despues Felipe IV, y resolvió hacerla con extraordinaria esplendidez. Con efecto, nunca se habia celebrado con mas solemnidad la jura de ningun heredero á la corona, y el pueblo manifestó su alegría y su placer con músicas, bailes y vivas.

En este año de 1606, arribó al puerto de Acapulco el famoso navegante español Pedro Fernandez Quirós, que el año anterior habia salido del Callao en descubrimiento de las tierras Australes. Despues de haber navegado por mares desconocidos y descubrir varias islas, entre ellas Otaiti, la mayor de las de la Sociedad en el Océano Equinoccial, puso la proa hácia la Nueva España al encontrarse sin víveres, á donde llegó sin contratiempo. El célebre marino pasó á Méjico, y el virey le recibió con

la agricultura y las artes á la altura que manifiestan los escritores de aquella época que presenciaron sus adelantos, solo porque el alumbrado de las calles era entonces defectuoso, no parece lo mas concluyente. En todas las ciudades de Europa acontecia lo mismo. El gas era desconocido en aquella época, y no se puede exigir de ningun siglo lo que no tiene. El alumbrado de gas es muy moderno, y en este mismo siglo en que vivimos, habrá visto el señor Rivera alumbradas las principales ciudades con opacos faroles, medio alimentados por un mal aceite, cuya opaca luz apenas permitia ver las personas á distancia de dos pasos. Acaso los siglos venideros mirarán con lástima á los que nos alumbramos con gas, porque hayan descubierto otra luz mas diáfana y menos repugnante al olfato.

sumo aprecio. En su viaje de descubrimientos, habia cogido en la bahia de San Felipe y Santiago, en la isla de Espiritu Santo, algunas piedras que parecian de plomo, que las enseñó á personas inteligentes en mineralogía. Analizadas y hechas el ensayo de ellas, se halló que era plata virgen. La noticia cundió con la rapidez del relámpago por todas partes, y muchos individuos, estusiasmos por la descripcion lisonjera que Quirós hacia de la fertilidad de la tierra, y soñando encontrar en abundancia las piedras de plata virgen, anhelaban marchar á las desconocidas islas.

Mientras las noticias comunicadas por el marino español mantenian vivo el interés de los que todo lo ven por un prisma seductor, llegó á Méjico, de visitador de la Audiencia, el licenciado Diego Landeros de Velasco, que fué recibido con el respeto y pompa correspondientes á su elevado cargo.

1607. Abierta su visita con las formalidades acostumbradas, trabajó activamente en el desempeño de su cargo. En el escrupuloso exámen de la conducta observada por las personas á quienes tenia que juzgar, encontró culpados en la administracion de sus empleos, al oidor Márcos Guerrero y al doctor Azoca, alcaldes del crimen, y cumpliendo con su recto deber, los envió á España.

Cuando el probo visitador se ocupaba en el desempeño de su cargo, el virey, marqués de Montesclaros, fué promovido al vireinato del Perú, concediéndole el monarca, como distincion muy especial y honrosa, que continuase gobernando la Nueva España hasta el momento de embarcarse en Acapulco, para cuyo fin debia acompañarle

hasta el puerto, un oidor de la Audiencia. Sabiendo por cartas que habia algunas dificultades en el nombramiento del que debia sucederle en el mando, permaneció algun tiempo mas al frente del gobierno; pero informado de que la persona que al fin se habia elegido era D. Luis de Velasco, que once años antes habia gobernado el país, dejó arreglados sus negocios y salió de Méjico dejando gratos recuerdos de su actividad, honradez y amor á la justicia. Poco despues de haberse puesto en camino, supo en Cuernavaca, por medio de un propio que le enviaron los amigos, que cuarenta caballeros que se creian de él agraviados, porque no habian sido atendidos en la promocion de los empleos, se habian presentado á la Audiencia, demandando que se hiciese justicia contra él. Profunda indignacion causó en el ánimo del recto gobernante la noticia que le daban, y sin duda hubiera retrocedido á castigar á los injustos ofensores, si no hubiera hecho un esfuerzo para reprimir su cólera. Sin embargo, juzgando conveniente no dejar sin correctivo á los agraviantes, dió aviso de lo que pasaba al Consejo, el cual proveyó que D. Luis de Velasco los prendiera. El paso ofensivo dado por los quejosos caballeros, obligó al monarca á librar real cédula á los vireyes, ordenando que en la distribucion de cargos no se atendiera á si eran hijos ó nietos de conquistadores los que los pretendian, sino al mérito, capacidad y honradez de las personas. Así el marqués de Montesclaros vió adoptada una de las medidas que habia indicado como convenientes al monarca, en sus «Advertimientos» que le envió sobre algunos puntos de gobierno de la Nueva España.

VIREYES DE MÉJICO



- | | |
|--|---------------------------------------|
| 11. D. Luis de Velasco II (segunda época). | 16. D. Lopez Diez de Armendaris. |
| 12. Fray García Guerra. | 17. D. Diego Lopez Pacheco. |
| 13. D. Diego Fernandez de Córdoba. | 18. D. Juan de Palafox y Mendoza. |
| 14. D. Diego Carrillo de Mendoza. | 19. D. García Sarmiento de Sotomayor. |
| 15. D. Rodrigo Pacheco y Osorio. | 20. D. Marcos de Torres y Rueda. |

Don Luis de Velasco, que por segunda vez volvía á empuñar las riendas del gobierno, hacia algun tiempo que se habia retirado del bullicio de los negocios públicos, y que vivia entregado á los dulces goces de la vida privada. Poco tiempo despues de haber sido enviado á gobernar el Perú, pidió varias veces al rey que le librase del peso del gobierno, pues anhelaba la paz y la quietud. Cuando el monarca le concedió lo que pedia, volvió á la Nueva España, donde habia pasado los mejores años de su juventud, y se retiró á vivir en el pueblo de Azcapuzalco, próximo á la ciudad de Méjico. El nombramiento de virey le sorprendió en extremo, pues nada esperaba menos que ese cargo. Recibidos los despachos, se retiró por ocho dias al convento de religiosos franciscanos en Tlatelolco, donde pidió al Señor acierto para gobernar bien las vastas provincias encomendadas á su dirección.

Lleno del mas ardiente anhelo por el bien del país, que amaba como á su propia patria, hizo su entrada en Méjico el 2 de Julio de 1607.

Tenia D. Luis de Velasco al tomar por segunda vez las riendas del gobierno de la Nueva España, sesenta y ocho años de edad.

Una nueva inundacion, pero mucho mas terrible que las anteriores, acaecida en el año mismo que subió al poder, convirtió la ciudad en un inmenso lago. Todas las importantes obras construidas por el marqués de Montecarlos fueron insuficientes para contener la inmensidad de agua que enviaron las lagunas al salir de madre por los abundantes aguaceros. Esto obligó al virey á pensar seriamente en emprender la importante y costosa obra

del desagüe de Huehuetoca. El noble fin que se proponía en ella, era dar corriente á las aguas que derramaban las lagunas de Citlaltepec y de Zumpango que forman el río de Cuauticlan que va á desembocar en la laguna de Méjico, haciéndola rebosar cuando las aguas van muy crecidas. Para poner en ejecución el pensamiento en la mayor brevedad posible, pasó él mismo á Huehuetoca, acompañado del visitador Landeros, y examinó el terreno para ver cuál era el punto mas á propósito para el principio del canal. Hecho el reconocimiento y manifestado por todos la necesidad de la obra, aun se pasó algún tiempo en consultas. D. Luis de Velasco, viendo el enorme costo de ella, no se atrevía á ponerla en ejecución si no se lo pedían el Ayuntamiento y el fiscal de la Audiencia. Por fortuna, ambos le suplicaron que hiciese comenzar los trabajos, y el 28 de Diciembre, acompañado del Ayuntamiento y tribunales, salió de Méjico y se dirigió á Huehuetoca. Después de una solemne misa, celebrada en la humilde población, se dió principio á los trabajos de la obra del desagüe, siendo el virey el primero que puso mano á ella, sacando tierra con una azada.

1608. Para gastos de la obra se impuso una contribucion de un uno por ciento sobre las posesiones y mercancías que habia en la ciudad, que se valoraron en veinte millones doscientos sesenta y siete mil quinientos y cinco duros, y se impuso además un derecho de cincuenta reales de á ocho sobre cada pipa de vino que entrase por las puertas de la ciudad. El encargado de la direccion de esa obra verdaderamente notable, fué el distinguido matemático, padre Juan Sanchez, de la Com-

pañía de Jesús, que fué quien trazó la planta. Poco después de empezada la obra, el virey, interesado en ver la marcha que llevaba, fué á visitarla. Varias personas peritas que le acompañaban hicieron algunas observaciones importantes, y aconsejado por ellas, ordenó que desde el puente de Huehuetoca para arriba hasta la laguna de Citlaltepec se hiciera un cauce de mil novecientas varas; y desde el mismo puente para abajo, se practicase un socabon con lumbreras en determinadas distancias. Los dos canales debían tener cinco varas de anchura y cuatro de profundidad. En esta obra, que puede competir con muchas de las notables que han inmortalizado el nombre de la nacion romana, trabajaron, desde 28 de Diciembre hasta el 7 de Mayo de 1608, *cuatrocientos setenta y un mil ciento cincuenta y cuatro jornaleros*. En hacer la comida para ellos, se ocupaban *mil seiscientos setenta y cuatro*. El gasto hecho en esos cinco meses ascendió, en numerario, á setenta y tres mil seiscientos once duros. Aunque puede decirse que la obra se hallaba todavía en los principios, sin embargo, D. Luis de Velasco y el arzobispo que volvieron á visitar lo practicado, tuvieron la satisfaccion de ver correr el agua hasta donde daba principio el conducto subterráneo á las faldas de Nochistongo.

El virey, deseando que los trabajadores indios fuesen bien atendidos y pagados, mandó hacer una informacion respecto del trato que habian recibido hasta ese momento. El resultado del informe fué satisfactorio, pues supo por él, que los jornaleros habian sido bien pagados y tratados; que solo habian muerto doce por enfermedad, y por causas accidentales en los socavones y lumbreras diez.